

Sudacas

asociación civil sin fines de lucro

(boletín como para
reflexionar un poco)

n° 1 - septiembre 1993

lector: este documento pretende rescatar discusiones sostenidas -en múltiples reuniones y a lo largo de tres meses- entre compañeros deseosos de convertir en acción política pensamientos largamente madurados. Estas reflexiones no son nuevas ni súbitas. Tampoco inéditas. En algunos casos, han sido rumiadas en silencio durante los últimos años. En otros, han salido a la luz en alguna publicación local.

*Intentamos ahora que nuestras convicciones tomen forma no ya de reflexión sino de acción concreta. Se han agotado **para nosotros** las discusiones interiores a lo que fue el peronismo. Respetuosos de los tiempos de cada uno, afirmamos claramente cuáles son los nuestros. Pensamos -como siempre- que la idea precede a la acción, y que ninguna organización política perdurable se construye con la vista puesta en urgencias electorales.*

Este documento, que no será el último, busca poner en discusión ciertos límites que se juzgan inamovibles en el panorama político de hoy. No pretende ser más que un primer borrador, que seguramente despertará críticas y adhesiones. Habrá cumplido su cometido si nos saca un poco del aislamiento y contribuye -aunque sea apenas- a nuestra reorganización.

Toda sentencia sobre el presente padece el ahogo de la inmediatez. Juzgar la coyuntura, condenar personajes contemporáneos o festejar hechos recientes conlleva el riesgo de obtener conclusiones que no respetan el plácido sosiego que otorga la distancia. Uno de los secretos de la política consiste en desentrañar la vertiginosa actualidad atendiendo cronologías planetarias que infiltran lo momentáneo. Olfato táctico e intelección totalizadora parecen ingredientes insustituibles para una praxis militante que tran-

site con sabiduría la época. Hablar de aquello de lo que somos íntimos protagonistas guardando una medida que garantice sensatez resulta tan necesario como dificultoso. Somos miembros carnales de un proceso que detestamos o disfrutamos y sin embargo una adecuada inserción en él supone un desapasionamiento del que perpetuamente carecemos. En política, los balances adolecen de una dosis de arbitrariedad. Son evaluaciones que delatan vaticinios, blanqueos tendenciosos que ansían esbozar un porvenir.

Aún esa endeble objetividad debe señalar los éxitos del menemismo. Desvirtuar un mandato electoral sin afrontar escándalos sociales, vapulear un soporte ideológico manteniendo la homogeneidad partidaria; por fin, descargar un formidable ajuste económico preservando una buena chance para el 3 de octubre. El peronismo se perfila ganador luego de haber ejecutado sin sangre una política que envidiarían los dictadores del 76. Ha sido capaz de desmembrar, con traumas apenas esporádicos, el viejo país nacido en la década del 40. Democracia representativa, libertad de prensa y baja inflación acompañan a una pobreza estructural que sin embargo no protesta en las urnas. Carlos Menem ha logrado lo que hubiese desorientado a cualquier ideólogo del forjismo: las mayorías aceptan el recetario liberal. Triunfa el mercado mientras estrofas enmohecidas aún llaman a combatir el Capital. Desconcierto simbólico y superávit fiscal. La Argentina de los 90.

El signo de los tiempos agobia a los luchadores sociales de antaño. Sectores populares que sospechan de la bonhomía del estado, fervores antiimperialistas huérfanos de público y transeúntes de la farándula que desplazan la masividad de la política e introducen el imperio de señores prolijos que abjuran de las ideologías en nombre de una de ellas. Rasgos de una historia que parece fracturada, marcas que se aprovechan de la atonía social, recopilando cuerpos fatigados por un pasado trágico que torna deseable conquis-

tas que en otra época merecerían indiferencia. Comunidad que se aferra a lo fragmentario, reclamos focalizados de éxito oscilante que no conmueven la solidez macroeconómica del Palacio de Hacienda. Los índices del INDEC conceden legitimidad y el solitario ocaso del Ferrocarril grafica el estado de la sociedad civil: cuesta defender aquello que brinda beneficios en cuenta gotas.

El menemismo recluta interpretando una paradoja argentina. **Transformar lo exhausto enajenando el futuro, detectar malestares colectivos iniciando cirugías que tenderán a acentuarlos, atacar distorsiones crónicas en sentido inverso a lo socialmente justo, malversar expectativas imponiendo la tiranía del laissez faire.** Pergaminos populistas y dogmatismos neoliberales, mitologías criollas e inmediateismos conservadores que se hermanan para arrojar el agua sucia con los chicos dentro. Complicidad oficialista, afonía radical e impotencia de las izquierdas que explican el vigor de un proyecto sin riesgos a la vista. Con reelección o sin ella, con un Partido o el otro, las elecciones del 95 anuncian, en el mejor de los casos, capitalismo crudo con seguridad jurídica o monopolios fortalecidos dispuestos a eliminar corruptelas de comité.

El menemismo hizo escuela. Logró en democracia aquello para lo que Pinochet caló bayonetas. Liquidación parlamentaria de los últimos residuos de un estado benefactor que ya había perdido su

solidaridad con los pobres; metódica destrucción de los espacios públicos frente a una sociedad fastidiada con ellos, difusión de una axiología individualista que encuentra eco en ciudadanos reticentes a las épicas sin sustento.

Conviene evitar no obstante todo sesgo fatalista. Los consensos se elaboran, las demandas se conducen, los apoyos se construyen, desechando tanto el culto a las encuestas como el ideologismo testarudo. Reformar el estado sin resignar autonomía y democracia económica, coagular la inflación revirtiendo la regresividad impositiva, reconvertir el aparato productivo apuntando a la calificación de la mano de obra y el perfeccionamiento tecnológico, consolidar espacios regionales de integración sin cholulismos de republiqueta. Todo ello era posible. **Era factible generar adhesión en torno a estos objetivos,** atendiendo el disgusto social con direccionalidad progresista, asimilando los desafíos de fin de siglo sin suscribir un thatcherismo tardío, pensarnos diferentes sin moler nuestras coherencias ideológicas, receptar los condicionamientos presentes sin pisotear banderas malheridas pero potencialmente vigentes.

Las opciones políticas de los pueblos no se recuestan sólo en la transparencia reflexiva o en la rectitud de los principios. Pesan allí angustias momentáneas, arqueologías culturales, prosapias históricas, predisposi-

ciones cambiantes. Los hombres del común eligen desde el pre-juicio, esto es enclavados en las urgencias de su vida concreta. Trascender esa morada para plebiscitar rebeldías supone ciertas seguridades que pocas veces se verifican.

Las combinatorias variables de padeceres y deseos argumentan las acciones sociales. La sabiduría de un político reside en indagar, recoger y proponer. Internarse en lo real y abogar por lo gustoso. Oír para sugerir. Diagnosticar para remediar, pero sabiendo que un mismo mal tolera medicinas antagónicas. Para decirlo con claridad. Presumo que el aval a las privatizaciones tuvo más de repudio al estado realmente existente que de aplauso a la salida bendecida por los sectores dominantes. Menem fue un sagaz intérprete y un censurable estadista. Alertó sobre aquello que no podía continuar pero abdicó de toda resistencia a la presión de los poderosos, rifó impunemente la tradición histórica que lo llevó al gobierno y archivó casi con placer toda alternativa más soberana e igualitaria.

Es evidente que las ideologías colectivas actúan, pero sería un simplismo afirmar que las masas populares fueron nacionalistas en los 40, socialistas en los 70 y neoliberales en los 90. Se advierten desplazamientos, inclinaciones, acentos pero los reclamos de dignidad son tan permanentes como peculiares los procesos puntuales en los que están insertos. Un 0,6 de inflación mensual goza de la

universalidad de las matemáticas pero el voltaje de entusiasmo que suscita remite a la historicidad de su anclaje. Obtener horas extras para sobrevivir hubiese acarreado tanto malestar en otros tiempos como alivio en éste. Sin pecar de extemporáneo diremos que el Cordobazo destituyó a un Ministro que resucita en Cavallo: nadie recuerda con cariño la performance macroeconómica de Adalbert Krieger Vasena. Así mismo intuyo que en 1991 hubo algo de giro a la derecha pero mucho de calma post-saqueos, que en 1946 hubo tanto de repulsa a Braden como de satisfacción salarial y que en 1973 hubo más de recuperación del líder proscripto (con todo lo que ello significaba) que de extrema radicalización social.

Entender el voto a Menem supone abandonar tanto la idea del ciudadano angelical como el refunfuñar escéptico del que imagina vivir en un país de estúpidos. El sufragante de carne y hueso selecciona apremiado, lo que quiere decir en base a las factibilidades que visualiza familiares, a su alcance. Su ideología es escueta, improvisada, sintética, lo que no es un defecto sino un hecho. Se mueve por ensayo y error, tanteando y sin apuro. Se sacude y conmociona a la hora de las revoluciones, excepciones históricas que portan un dogmatismo inevitable. La política trabaja sin embargo con conciencias habituales. El rol dirigente consiste en modelarlas sin prostituir las, encauzarlas sin bastardearlas, tensionarlas sin paternalismos ni declamaciones di-

letantes. **Menem tuvo la oportunidad y recorrió el peor camino.** Aprovechó la angustia hiperinflacionaria y su linaje peronista para abortar por un buen tiempo todo atisbo de una nación integrada, solidaria y con bienestar para los más humildes.

¿Alguna fuerza política insinúa amalgamar con solvencia estabilidad, pleno empleo, salario ascendente, democracia de masas y nacionalismo responsable? Ciertamente que no. Sobre esa vacante y sobre los lacerantes quince años que forjaron nuestro pasado reciente el menemismo deposita su virtud gobernante.

HIPOTECAS

Degradación ética y cristalización de la pobreza. Eso también es el menemismo. Acuñando legitimidad se engrosa no obstante la columna de los débitos. Indultos, decretazos, cooptación de la justicia, recurrentes corruptelas, desmantelamiento de la escuela pública, déficit comercial, caída del salario real, alto desempleo, primarización de las exportaciones, atraso cambiario. Gravosa herencia que contrasta con los augurios redentores pre-89. El salarizado semeja un brulote de barricada y la revolución productiva es apenas reactivación sectorial de la capacidad ociosa de una industria sometida al furioso aperturismo importador. Pequeñas y medianas empresas ahogadas por tasas de interés usurarias de un sistema financiero impermeable a las reformas.

cuentapropismo incesante que se nutre de los retiros voluntarios, economías regionales asediadas, exigua inversión pública que declina toda previsión planificada del desarrollo nacional.

Deserción de los no-alineados, macartismo anti-cubano, guiños de simpatía a ex-dictadores trasandinos, condecoración pomposa a acreedores externos agradecidos por cobrar, naves en el Golfo suscribiendo un despótico Orden Mundial. Frenesí nordomaniaco tan exasperante en lo simbólico como fútil en lo práctico. Indiferencia y proteccionismo comercial parecen las únicas respuestas de potencias que elogian lo que no hacen, obtienen lo que no piden y lucran con un fanatismo librecambista que ni en sueños esperaban tan excesivo.

La arenga privatista bordea la mentira. Tarifas que aumentan, prestaciones que no mejoran, empresas subvaluadas, vaciamentos deliberados, ausencia de toda regulación minuciosa, fabulosa concentración económica resultan el legado malsano de un desguace estatal apresurado, turbio y lesivo hacia el futuro. Servicios elitizados, fragmentación productiva y las "auténticas funciones del sector público" que se caen a pedazos. Hospitales sin gasa, escuelas sin vidrios, pueblos sin vivienda, Argentina sin destino.

La curiosa modernidad en ciernes entregó una empresa estatal a...otra empresa estatal (Telecom), traspasó otras

superavitarias y eficientes (Aerolíneas Argentinas, Gas del Estado, Hidronor), abandonó a su suerte un servicio que el mundo desarrollado asiste con creces (el Ferrocarril), malvendió un recurso estratégico no renovable desconociendo la experiencia chilena o mexicana (el petróleo) y se apresta a crear un mercado de capitales (para los capitalistas) utilizando como ingrediente el paupérrimo salario de los trabajadores (el Sistema Previsional).

Ley de empleo que no genera empleo, precariza el existente y desguarnea al obrero; tribunales laborales que se desmoronan (literalmente) apilando pleitos que el estado cajonea, disminución del costo de mano de obra que subsidia la congelación del tipo de cambio destruyendo el garantismo sindical, cercenamiento del derecho de huelga, derogación sistemática de los convenios colectivos. Señorío patronal que dialoga amablemente con burocracias gremiales apadrinadas por el gobierno.

Este es el país que nos queda. Pidámosle cuenta entonces al artifice de este diseño. Hablemos del Partido Justicialista. En desuso la idea de traición detengámonos en los enfáticos predicadores de la buena nueva.

EL POST-MENEMISMO

La gesta neoliberal se extendió porque hubo temperamentos sumisos. Dirigencia, cuadros y militantes peronistas prestos a consentir con diversas intensida-

des una modernización dependiente que sin duda ofende la prosapia histórica y doctrinaria del movimiento que afirman representar. No hubo siquiera un prudente intento de condimentar la algarabía primumundista con alguna dosis de sensibilidades de otrora.

Represiones, clientelismos, tactiquismos, burocracias, mezquindades, napas de pragmatismo que se acumularon en un largo derrotero que desembocó en el peronismo que tenemos. Microscópicas claudicaciones, persistentes erosiones que minaron la energía de lo que supo ser un movimiento peligroso para el privilegio, sigilosas complicidades con un poder que terminó fagocitando a un partido que recurre a Fujimoris y exhibe con desgano su cabizbaja simbología de batalla. Renovadores, ortodoxos, montoneros, vanderistas, isabelinos, fenicios mancomunados para recitar un credo ucedéista que les hubiera producido arcadas un par de años antes. Por mezquindad, oportunismo o temor gran parte del peronismo institucional ha grabado sus dedos en el legajo de un país que será para pocos por mucho tiempo. Escasearon incluso las voces tenues, las objeciones precavidas, los críticos dentro del plato. En la sopa del menemismo se cocinó la mayoría. He ahí el justicialismo.

Ocho diputados valerosos, algunos sindicatos combativos y una cantidad apreciable de voluntades dispersas mascullando bronca fueron la menguada re-

serva moral frente a un giro que requería, al menos, ahuyentar la obsecuencia. Reducido espíritu contestatario ante un gobierno con pocas pulgas para ejecutar lo contrario de lo que algunos esperábamos de él.

La contundencia de lo ocurrido desalienta expectativas regeneratorias. Ninguna experiencia que procure reencauzar al peronismo en la senda de la liberación y el progreso social puede menospreciar la gravidez y la gravedad de lo acontecido. Siempre se sostuvo que el peronismo albergaba una disputa de sentidos. Nacionalistas autoritarios, patriotismos de izquierda, desarrollistas, socialcristianos protagonizando una puja que, aún en sus ribetes más trágicos, insinuaba una virtualidad, mantenía vigor histórico. **Nos atreveríamos a aseverar que el Partido Justicialista ha cristalizado un sentido. Y el peor de ellos.** Conserva oscuridades de siempre y agrega novedades de un liberalismo ramplón y despiadado. De este presente sólo es posible rescatar conciencias agazapadas que aguardan convocatorias más audaces, militancia recluida en la in-comodidad de sus hogares, trabajadores sociales que perseveran en emprendimientos tan encomiables como aislados y una nutritiva memoria histórica que aún pesa en la vivencia popular. Lo que ya parece inútil (y contraproducente) es canalizar esos resabios buscando concejalías en cualquier lista o subsecretarías en cualquier gobierno, enfundados en un discurso (habitual-

mente de bajo volumen) de salvataje del movimiento para la lucha social.

Si una exigencia programática antiimperialista y socializadora ya ronda la esquizofrenia, los recientes bríos post-menemistas se codean con la ingenuidad. Concebir viable una suerte de neo-renovación de la mano (por cierto solitaria) de Bordón, Cafiero y Britos sólo puede provenir de un agónico cálculo de supervivencia o de una equivocada lectura del fracaso anterior. **Pergeñar que uno dirá A para luego (muy luego) hacer B suplantando a un referente electoral que aporta los votos, resulta una lógica ya aplicada de la que surgió Menem...que ni siquiera llegó a la A.** Esa especulación internista encadena prácticas, amortigua certezas, domestica conciencias, amordaza esfuerzos, siembra un camino que lleva implícito un amargo final.

Por si ésto fuera poco, en el 85 el peronismo era oposición (lo que autorizaba conflictos), gozaba un techo ideológico más alto (lo que activaba militancia) y contaba con una considerable cantidad de cuadros y dirigentes (por lo visto poco sinceros) dispuestos a sostener una disputa franca por la oxigenación de un Partido por aquel entonces dedocrático y claudicante. Es deprimente observar hoy internas distritales donde se dirime el rótulo de "verdadero menemista" o el nombre del candidato más honesto y preocupado por la gente. Consigna seductora para sacerdotes pero insuficiente para políticos.

Allí anida lo que llamaríamos la imposibilidad-Bordón. Si pretende recoger algún éxito estará condenado a recolectar grupúsculos marginados del reparto de influencias o lisa y llanamente ser la imagen digerible de una estructura partidaria diseñada por el menemismo. No se visualizan grupos territoriales, juveniles o sindicales con el entusiasmo y la organización imprescindibles como para azuzarlo, radicalizarlo, presionar su perfil. Bordón, independientemente de su convicción ideológica (moderada hasta la sospecha) y de su coherente trayectoria personal (destacable en el país de los ciegos) cosechará el menemato partidario o quedará confinado a ser el pulmón progresista de un cuerpo oficial que lo tolerará para su provecho. No hay dato alguno que haga pensar que lo que no logramos en el segundo lustro de los 80 tenga luz verde en el primero de los 90. La interna santafesina es, al respecto, un síntoma elocuente. Renovadores exaltando a un ex-corredor que adhiere a la reelección versus detractores filo-bordonistas cuyo currículum roza el prontuario.

Construir una Argentina más soberana e igualitaria requiere una receta tan antigua como inapelable. Conciencia, organización de base y movilización de masas. Parece vano esperar eso del P.J. Pregonar altanaramente el fundamentalismo de mercado, motivar militancia sólo para internas donde todos los gatos son pardos y anestesiar la agitación social con

asistencialismo dinamita cualquier esperanza futura de poder popular. El PJ actúa allí como tapón, y por cierto muy comprimido. Es tan infructuoso augurar inminentes "etapas sociales" de un gobierno subordinado al ajuste acreedor como promover una reconversión profunda del peronismo de la mano de un hombre a quien cuesta encontrarle alguna ventaja respecto de Fernando de la Rúa.

Hay algo no obstante indiscutible. En el corto plazo nos aguarda un país post-menemista. Esto quiere decir que la Argentina ha sufrido dos mutaciones fundacionales. Ha quedado a merced del capital transnacional y los grandes grupos económicos locales, y ha perdido la herramienta histórica que le permitió acosarlos. Descuartizado el aparato estatal y minado el peronismo las elecciones del 95 pronostican un debate cercenado. Retos de la Convertibilidad, mayor transparencia jurídica e institucional y mejor diálogo intrapartidario serán el tope programático de los candidatos en carrera. Eficiencia Mediterránea sin la Armada Brancalione.

Subvalorar ésto nos condena a un izquierdismo inoperante. Acatarlo sin más nos llevará a perpetuarlo en el tiempo. Permanecer en el PJ sólo es entendible resignándose a cohabitar subte

ráneamente con la derechización ideológica a cambio de un profético resurgimiento que nadie explica cuando ni cómo tendrá lugar. Soportar lo que ocurre postergando estrategias que no se explicitan o barrantando metamorfosis de las que no hay ningún signo es autosentenciarnos a servir (conciente o inconscientemente, sin saber o sin querer) los intereses que decidimos agredir cuando ingresamos a la militancia. Continuar en la estructura para recoger ventajas estatales o por desconianza respecto de alternativas superadoras parece aceptable únicamente en la medida que se tengan los ojos (y la cabeza) apuntando hacia afuera y no ya hacia adentro.

De las flaquezas opositoras ya hemos hablado otras veces. Desconcierto técnico, raquílica interlocución social y anemia política son deudas que están lejos de saldarse. **Creemos más fructífero polemizar al interior de ellas y no al calor emotivo de una identidad histórica que ha extraviado su correlato partidario.** Hay que explorar terceras vías. Respetando velocidades y características distritales pero sin transigir éticamente con el modelo dominante. Sin ambiciones exageradas ni mentalidades inerciales. Constatando lo que se puede pero sin enterrar lo que se debe. Orgullosos del peronismo que portamos pero inflexibles con el que observamos.

*Marcelo Actis - Juan José Gini - Adrián Retta - Sergio A. Rossi - Sergio Salazar -
Eduardo Silvano - Mercedes Silvano - Oscar Virga - Silvia Viola*